le divertía estudiar, y no había dejado de manifestar una fiel amistad á su prima Marta desde los tiempos en que ésta pasaba el mes de enero en el hotel de la calle de la *Université*. Pero Marta, en el fondo, le tenía miedo, pues veía que no la aprobaba y que hubiera querido que fuese distinta de como era... Y esa sensación hacía que la presencia de Jerónimo fuese algunas veces intolerable para la princesa. « ¡Oh! ¡Qué harta, que harta estoy de toda esa gente! » murmuró la joven con los ojos secos, las manos febriles y presa de un nuevo acceso de desesperación. « No verlos jamás, jamás, á Magdalena sobre todo, á la hermosa Magdalena, mi amiga íntima y querida de mi marido... ¡Qué cieno!... » No era la primera vez que Marta echaba de ver la ignominia de aquella situación, pero sí, acaso, que se atrevía á formularla tan claramente. La sentencia surgió del fondo de sí misma, pero de un fondo tan lejano, tan misterioso y hasta entonces tan inexplorado, que Marta no se atrevía á penetrar en él con su pensamiento...

Pero la mente ligera de la princesa no se fijaba jamás mucho tiempo. Las imágenes se sucedían en ella caprichosamente y nunca provocaban más que una emoción pasajera. De pronto olvidó á Magdalena y se representó á Remigio Lasserrade entrando en el hotel Holtz con su linda cara de paje, con su negro cabello undulado, con su presuntuosa elegancia y con sus manos de mujer. Y en el momento se asomó á la ventanilla:

— ¡Juan!... ¡Al hotel Holtz!... ¡De prisa!...

El cochero, acostumbrado á aquellos caprichos de la princesa, dió la vuelta prontamente en los Campos Elíseos surcados de carruajes, y bajó de nuevo hacia la plaza de la *Concorde*. Marta, entre tanto, asombrada por la resolución que acababa de tomar, se arrepentía ya y sentía una gran turbación.

— ¿Irá á decirme que sigue siendo mío cuando le encuentre dentro de un momento?... ¡Ceder!... ¡Volver á emprender la vida de los últimos meses, tan dolorosa á pesar del vapor de goce que volatilizaba su dolor!... ¡Oh! seguramente... si él quiere todavía, no podré resistir. Pero, es extraño; deseo reanudar nuestras relaciones y tengo miedo. Mejor sería no hacerlo...

Y de todas las angustias pasadas se formaba en ella una aspiración confusa hacia el reposo del corazón, hacia una especie de equilibrio estable y de salud moral .. Aspiración estéril, pues seguía corriendo hacia el peligroso encuentro y su prisa se hacía febril á medida que disminuía la distancia.

Desde hace unos años la plaza *Vendôme*, en el corazón mismo de París, propende á convertirse en un centro suntuoso, como el salón cuadrado del *Louvre* ó la tribuna de los *Offices* de ese museo del

lujo parisiense. Las altaneras fachadas, edificadas por Mansard para abrigar aristocráticas familias, se decoran de muestras variadas, y los hoteles, los modistas, y los joyeros invaden los edificios sobre los cuales la alta columna hace girar su sombra en el curso de las horas. La calle de la *Paix* no basta ya para la exposición permanente del lujo y la gloriosa plaza *Vendôme* se convierte en su brillante complemento.

Á la hora en que la princesa llegó al hotel Holtz la palidez de la tarde se armonizaba con los reflejos de los triples faroles. Una aglomeración de carruajes y de automóviles impidió por un momento á la berlina de Marta penetrar en el pórtico. Bajábanse allí tantas mujeres de espléndido traje y tantos caballeros de exquisita elegancia, que parecía que la alta sociedad parisiense iba á reunirse allí para una fiesta anunciada. Pero sólo se trataba de uno de esos altos que impone la moda á toda esa gente desocupada, cuya consigna es aceptar la invitación más pronta y más agradable.

En cuanto entró Marta, estrechó la mano á un joven que salía, cambió un saludo con una linda rubia que estaba negligentemente recostada en un sofá de la galería, y entró en el largo salón del comedor en que se sirven los refrigerios. Su angustia había sido como barrida de repente por una emoción casi alegre y todo su dolor físico se calmó al mismo tiempo. Aquella visita al hotel Holtz, donde la

esperaba la « cuadrilla de Magda » y donde iba á encontrar á Remigio, ¿no era emprender de nuevo la vida de antes, la vida loca y embriagadora, que aturde la cabeza y hace palpitar el corazón sin pensar en el porvenir?

La sala estaba ruidosa y llena de una sociedad bastante mezclada, en la que las personas del gran mundo constituían una minoría entre muchos extranjeros y extranjeras, algunos curiosos y un poco también de ese *demi-monde* que se acerca tanto al verdadero, que logra á veces penetrar en él. Tenía aquello ese aspecto de casino muy elegante ó de salón muy libre que va tomando desde hace quince años el París invadido por la multitud cosmopolita. En aquel ambiente revuelto, Marta, como todas las mujeres de la aristocracia, no veía más que las caras de las personas de su clase, á las que enviaba signos de inteligencia y de amistad mientras buscaba á la « cuadrilla de Magda ».

Se detuvo en medio de la sala y á veinte pasos reconoció la blanca nuca de Magdalena bajo su moño obscuro y caído. La condesa, con el brazo apoyado en el respaldo de la silla próxima, estaba hablando confidencialmente con un hombre corpulento, de abundante pelo y fuerte barba rubia, y que la escuchaba con aspecto de preocupación: era Cristián de Erminge.

Magdalena cambió de sitio para hablar más de cerca á Cristián, y Marta los vió entonces de frente

á los dos. La fama proclamaba con justicia que hacían buena pareja. El príncipe tenía entonces treinta y tres años, y la condesa más de treinta y siete, pero él parecía el más viejo, con su incipiente obesidad y sus hilos de plata en el cabello rubio. Sus facciones conservaban, sin embargo, finura y nobleza. Cristián se parecía á las estampas que se usan alternativamente en los libros escolares para representar á Belisario ó á Carlomagno, aunque los ojos realzaban la trivial belleza de su cara. Aquellos ojos, muy rasgados y de cejas muy pobladas, menos rubias que el cabello y la barba, eran limpiamente azules y tan brillantes, animados y hasta inquietos, que sorprendían en aquella cara tranquila en la que, á veces, parecían vivir ellos solos... Todo vivía, por el contrario, y todo palpitaba de acción y de pasión en la cara de Magdalena mientras hablaba con él. Era la de Guivre una de esas mujeres á quienes sólo en París se tiene por hermosas, pero que son en París reinas de la belleza. Alta y delgada, de admirable talle, extremidades largas, cara un poco acaballada que chocaba por el contraste entre su cutis mate y su espléndida cabellera obscura, y adornada con un arte consumado, era imposible que pasase inadvertida. Cuando esas mujeres están en el teatro ó pasan en coche por el Bosque, inflaman de rencorosa envidia el corazón de las modestas paseantes al forzarlas á confesar que nunca llegarán ellas á esa clase de elegancia. Hasta la cara, á pesar de la curva poco graciosa de la nariz y de la barbilla, ejercía una atracción singular por la pureza de su cutis, por la voluptuosidad de sus ojos castaños, por la movilidad de sus labios aterciopelados y por aquella expresión indefinible que turbaba á los hombres é irritaba á las mujeres. Llevaba puesto un traje de paño blanco, con toda la complicación moderna de bordados y de encajes antiguos. Cristián estaba de levita gris obscuro, con unas flores azules en el ojal, y tenía, ni más ni menos, la elegancia de un *sportsman* cualquiera.

Estaban ambos hablando un poco apartados de la mesa en la que se veía el te servido, y, sentados junto á ella, conversaban Jerónimo Pefaut y un joven completamente afeitado, con un traje de levitín verde musgo y un sombrero cuadrado del mismo color en la mano. La de Ars, linda mujercita un poco gruesa, con traje azul de corte de sastre y una gran boa de marabú azulado, estaba hablando con el pintor Apistrol, cuya alta estatura y cuyo perfil á lo Enrique IV° llamaban la atención de las mujeres.

« Remigio no está », pensó la princesa al no ver al único convidado á quien iba buscando, y, más atrevida, se acercó á la mesa. El primero que la vió fué Cristián, que se lo advirtió á Magdalena. Y todos los de la mesa se levantaron á recibirla.

— ¡ Querida Marta !... ¡ Qué guapísima está ! ex-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

clamó Magdalena. No te doy un beso á causa de nuestros sombreros, pero no me faltan ganas... ¿Verdad, Cristián, que está deliciosa?.. Marta, te presento á nuestro amigo Giuseppe Saraccioli, el gran poeta italiano... La princesa de Erminge...

El Apolo de Canova con traje verde musgo se inclinó sobre la mano que Marta le ofrecía.

— No conozco el italiano, señor Saraccioli, dijo la princesa, y siento en el alma no haber leído en el original la célebre *Oda á la Virgen*.

— ¡Oh! princesa, murmuró el poeta enrojeciendo de orgullo, ¿verdaderamente? ¿Sabe usted que he escrito esa pequeñez?...

El nombre de su obra, dicho así, negligentemente, por una parisiense del gran mundo, le hacía gozar más que las coronas académicas prodigadas por su patria. Magdalena sorprendió ese gozo y como quería para ella los homenajes de los hombres, sintió envidia y dijo irónicamente al príncipe:

— ¿Sabía usted que su mujer era tan literata, Cristián?

El príncipe respondió con una sonrisa y un movimiento de hombros. Pero todo aquello pasó inadvertido para Marta, que se había quedado inmóvil y como petrificada por un escalofrío que le recorría los huesos al ver apoyado en una silla vacía, al lado de Magdalena, un bastón con puño de oro cincelado y esmaltado que ella regaló en tiempos á Remigio.

— ¿Una taza de te, querida?, decía Magdalena sirviéndola... Pero continúe usted, señor Saraccioli... ¿Sabes, rica? Estaba comparando los frescos de Lucca Signorelli y los del Sodoma en el Monte Olivete... ¡Si vieras qué interesante!...

Marta se sentó y el poeta italiano, cuya elocuencia francesa podría dar envidia á no pocos franceses, prosiguió su conferencia, lo que dió tiempo á la princesa para calmar sus nervios y para registrar con la vista el fondo de la sala. Remigio debía de estar por allí. Por fin le vió, en pie é inclinado hacia una mesita en la que estaban dos actrices célebres. Desde las mesas de alrededor se dirigían á él las miradas, discretas ó descaradas, de las mujeres y los gestos malévolos de los hombres. Todo el mundo se ocupaba de aquel joven delgado, de linda cara, ojos azules, cabello negro y rizado y aspecto elegante, que era ya célebre en París. Las dos actrices, una de ellas madura y la otra en esa edad intermedia que la urbanidad parisiense llama todavía juventud, le miraban con ojos de amor dramático y hacían palpitar el seno como en la escena decisiva de un tercer acto. Marta veía también de lejos á Mauricio de perfil, con la levita ajustada al talle como un corsé, la cabeza imperiosa á pesar de su actitud inclinada y la sonrisa condescendiente, y todo lo olvidaba para no mirar más que á él. ¡Pobre Marta! No era el deseo lo que caldeaba su sangre

empobrecida por meses de sufrimiento. Ni aun en tiempo de sus relaciones había nunca saboreado más que la ternura de las caricias y sin duda el pronto hastío de su amante fué provocado por esa misma pasividad. Al ver, aquella tarde, al único ser humano del que pudo esperar el amor, Marta pensaba : « ¿Por qué me ha abandonado? ¿Qué le he hecho yo?... » No sentía celos de las actrices con las que él estaba bromeando ni de la desconocida que, sin duda, la había reemplazado. Lo que echaba de menos era el compañero del corazón que un día creyó poseer, era el amigo que con la cabeza apoyada en su pecho le daba la ilusión de ser al fin querida y de no estar sola en la vida como antes y como ahora.

El italiano, mientras tanto, sin observar que Cristián no se ocupaba más que de Magdalena, que Marta seguía de reojo todos los ademanes de Remigio ni que Apistrol y la de Ars se estrechaban nerviosamente los dedos, continuaba un brillante discurso para Jerónimo, que era el único que le escuchaba, y seguía hablando sin descanso del Monte Olivete.

— Á fuerza de hacer en aquel claustro una vida de cenobita, decía, llegué á crearme un alma del siglo catorce... Todas las figuras de Signorelli ó del Sodoma llegaron á ser para mí más familiares y más reales que personas de carne y hueso. Hay cierta hermosa cortesana que está tentando á san

Benito en uno de los frescos del Sodoma, á la que he poseído, y rara vez una querida viviente me ha hecho gozar más.

Marta pensaba : « Si yo pudiera *verle* como antes, hacer por él, como antes, las comisiones y las compras que le molestaban, encontrarle en sociedad sabiendo que pensaba en mí... ¡Ah! qué indiferente me sería que tuviese queridas... »

El ruido de la sala empezaba á calmarse. Eran las seis y media; ibanse quedando vacías algunas mesas; y el calor era menos sofocante. En este momento se presentaron Rosa y Margarita Avigre.

— Dispénsenos usted, dijo Margarita á la de Guivre ; nuestra venta se ha acabado ahora mismo. La gente ha venido en masa, como siempre, á las cinco y media, y hemos preferido venir tarde á faltar á nuestra palabra... No pida usted te; no vale la pena... Tomaremos cualquier cosa.

Marta se alegró de la distracción que las dos hermanas ocasionaban, porque Remigio se estaba despidiendo de las actrices. El número, ya mayor, de convidados y los saludos prodigados á las de Avigre, hicieron menos difícil la actitud de la princesa de Erminge cuando Remigio, después de estrechar las manos de las gemelas, le presentó la suya diciéndole perfectamente tranquilo :

— Buenas tardes, princesa... ¿Está usted bien?

Á lo que ella respondió sin balbucear mucho :

— Muy bien... ¿Y usted?...

El joven saludó en general y en seguida se llevó aparte á la de Guivre y le dijo muy de cerca unas palabras. Una cosa chocó entonces á Marta y fué la expresión de sospecha con que Cristián acechó aquella breve conferencia que, sin embargo, no tenía nada de extraña, dadas las maneras de la sociedad moderna. El príncipe y la princesa se quedaron un instante solos frente á frente.

— ¿Come usted en casa esta noche, Cristián? preguntó Marta por oir el metal de su propia voz.

Cristián respondió con distraída amabilidad :

— Magdalena proyecta una comida en la *Tour-d'Argent* y quiere que vayamos después al Circo de Invierno. ¿ Viene usted?

— No, estoy un poco cansada.

— ¡ Ah ! dijo el príncipe.

Y fijó en ella unos ojos de un azul tan sombrío, que á la luz de los globos eléctricos parecían negros. Marta sostuvo aquella mirada con una indiferencia no fingida. ¡ Le importaba todo tan poco ya ! Se la podía matar en el acto si se quería. Ni siquiera la asustaba el horror de la nada.

El salón se iba quedando vacío por momentos y los mozos estaban arreglando las mesas para la comida. Magdalena dejó de pronto á Remigio y se acercó á Marta, á la que colmó de caricias.

— ¡Cómo! ¿No vienes con nosotros? ¡ Vaya un modo de festejar la vuelta de Remigio ! ¿Qué significan esas maneras de monja que has adoptado hace algún tiempo? ¿ Es que te aburrimos ó que estás enferma?

— No me aburrís en modo alguno, respondió Marta esforzándose por sonreir. Es que estoy malucha, y, para decir la verdad, mi estómago tiene miedo de las comidas complicadas que á ti te gustan.

— Comerás á tu modo ; nadie te impone nada. ...Señor Saraccioli — añadió imperiosamente dirigiéndose al poeta, acaparado por Jerónimo y las gemelas, — diga usted á la princesa que venga esta noche con nosotros. No ha de rehusar una cosa así al autor de la *Oda á la Virgen*.

— ¡ Oh ! sí, princesa, dijo el italiano, debe usted venir... No puede usted privarnos del contraste de su belleza con la de la condesa de Guivre.

Ese piropo directo desagradó á Marta, pero por pereza de contradecir y á fin de que no se ocupasen más de ella, consintió.

— Bueno ; si puedo, iré á reunirme con ustedes.

Las de Avigre, Jerónimo y el poeta seguían formando grupo aparte. La de Ars se despidió y, casi en seguida, Apistrol. El príncipe de Erminge, que no había tomado te, se hizo servir vino de Oporto y se quedó callado mientras Magdalena, Remigio y aun Marta hablaban de trajes con esa admirable libertad de pensamiento que las mujeres del gran mundo saben imponer á sus más fuertes preocu-

paciones. Pero todos acabaron por prestar atención á Jerónimo y Saraccioli, que estaban discutiendo.

— En suma, decía Pefaut, ¿representa usted, en la literatura italiana, la reacción católica contra las tendencias materialistas?

— Mi bello ideal sería, en efecto, ser el Chateaubriand de Italia, respondió el poeta con serenidad.

Las dos gemelas cambiaron una mirada de contento y Jerónimo objetó:

— Lo que me confunde un poco, y lo que le diferencia á usted de nuestro Chateaubriand, es que, poniendo aparte la *Oda á la Virgen* y algunas otras obras, es usted un poeta voluptuoso y muy poco moral.

— Lo que usted llama moral me es indiferente, en efecto. Tengo la fe de los hombres del siglo catorce, que no hacían caso de nuestras reglas de costumbres. Por otra parte, lea usted con atención los Evangelios y verá que Cristo miró siempre con gran indulgencia á los pecadores de mi especie.

El poeta dijo esto sin ironía y con cierta desenvoltura.

— Para el señor Pefaut, que es ateo, dijo Margarita, los que creen en Dios no tienen derecho á la menor imperfección. Es verdad que él es perfecto.

— No tengo la pretensión de serlo, replicó Jerónimo, pero confieso que me gustan poco las creencias convencionales. Nuestro país, señor Saraccioli, es desolador para las personas que razonan sus

opiniones. Aquí, los librepensadores y los clericales se abominan y se desgarran, pero no en nombre de una moral cualquiera, sino en el de pobres intereses políticos y por la fortuna de un grupo ó de un partido.

— Pero usted, Jerónimo, que nos condena, objetó Remigio, díganos cuál es su « doctrina moral. »

— ¿Usted querría, joven Remigio, dijo Pefaut levantándose, hacerme caer en el ridículo de dar una conferencia sobre moral, á las seis de la tarde, en el hotel Holtz y delante de mujeres guapas?... Renuncie usted, amigo.

— ¿Y si yo pregunto á usted su doctrina moral? insistió Marta.

— Á usted se la diré, pero al oído, como un secreto.

La princesa se aproximó y Pefaut le dijo en voz baja:

— Obedecer á la verdad, y, por consecuencia, decirla siempre y obrar siempre de modo de poder decirla.

Marta, que esperaba alguna broma, no comprendió y encontró trivial la conferencia. Jerónimo se marchó llevándose á Saraccioli. Las dos gemelas dejaron la mesa casi en seguida, y Marta se quedó sola con Cristián, Remigio y Magdalena. Remigio estaba fumando y el príncipe bebiendo lentamente copas de Oporto. Marta, muy cansada, experimen-

taba la sensación de estar perdida en un laberinto sin salida y abandonada al azar. Estaban dando las siete; algunas personas, extranjeras casi todas, empezaban á sentarse á comer; y Marta, á pesar de su postración, se dió cuenta al fin de que el príncipe estaba resuelto á no dejar que Magdalena se fuese con Remigio.

« De modo, pensó Marta, que Remigio hace la corte á Magdalena... »

No sintió la mordedura de los celos, pero sí miedo por la vida de Remigio del furor de Cristián celoso. Los dos hombres se observaban corteses y sombríos. Magdalena fingía indiferencia y casi no hablaba más que con Marta. Y por fin se levantó y miró los ojos de Cristián, que el alcohol empezaba á poner brillantes.

— Las siete, dijo... Me marcho. Y tú también, Marta, debes ir á vestirte... No vas á llegar á tiempo á la *Tour-d Argent*... ¿Á dónde va usted al salir de aquí, Cristián?

— Voy á vestirme al círculo.

— Yo también, dijo Remigio.

— Pues entonces, concluyó Magdalena, dejémosles juntos. No se retrasen ustedes. Bastante Oporto ha bebido usted, Cristián.

En la puerta del hotel, la princesa se despidió de Magdalena, prometiendo ser exacta á la cita. Ya en el coche, respiró mejor. No sufría como había pensado viendo á Remigio tan distante y tan indiferente como si nada hubiera sucedido entre ellos. « Se acabó... Estoy sola... » Le pareció que estaba haciendo una larga travesía después de dejar el país en que había vivido hasta entonces para arribar... no sabía dónde. ¡Cosa extraña! Á fuerza de padecer semanas y semanas por la ausencia de Remigio, su corazón se había transformado en el pecho, puesto que Remigio le daba miedo ahora. Marta se enterneció al recordar el cariño que le había profesado, pero en seguida fué más fuerte el recuerdo de su martirio sentimental. « ¡Cuánto he sufrido! » pensó.

Semejantes torturas se habían acabado. Ya no pertenecería más á Remigio, que no la quería; no, ni á Remigio ni á nadie... Libre de la eventualidad, al mismo tiempo deseada y temida, de reanudar los amores con Remigio, Marta se quedó dulcemente transpuesta con el suave rodar de la berlina.

De repente se despertó pensando: « ¡Pero no; no he acabado de sufrir! » Tenía delante, por el contrario, las más trágicas angustias. ¿Acaso no germinaba en ella su suplicio en aquel mismo momento? Hacía tres años que no era la mujer de su marido, de aquel Cristián de ojos de homicidio... ¡Y siendo así!... Pero... ¿y si fuese verdad, á pesar de eso, el hecho de que quería dudar contra tantas advertencias de la naturaleza, repetidas aquel día con desusada violencia?...

La berlina estaba atravesando la ancha acera de

los Campos Elíseos para entrar en el portal de la casa. Marta se sublevó contra su destino.

« ¡No, no puede ser!... ¡Sería horrible! ¡No puede ser y no será!... ¡No quiero! »

SEGUNDA PARTE

Á mediados de noviembre hubo una cacería de dos semanas en las Tachoueres, propiedad que el príncipe poseía en Sologne. Magdalena se había cansado repentinamente de París y tenido aquel capricho. Las perdices estaban ya diezmadas, pero aquel era el buen momento de las batidas á los faisanes, á los conejos y á las liebres; y empezaban las cacerías á caballo. Toda la « cuadrilla » acompañaba á Magdalena, á Marta y á Cristián. El obeso Campardón que no cazaba casi nunca, aseguraba que el ejercicio de ver cazar á los demás le hacía adelgazar. Jerónimo seguía á los ojeadores con un ejemplar de los *Principios de moral* en el bolsillo. El matrimonio Ars llegó al tercer día y después se presentó Saraccioli, al que la de Guivre había hecho su caballero, ó su « candelero », como decía Cam-